

EUCARISTÍA, MISTERIO QUE SE HA DE VIVIR

ANTONIO BRAVO
PÁRROCO DE S. LEÓN MAGNO
MADRID

Se me ha pedido un breve comentario sobre la tercera parte de la Exhortación apostólica postsinodal, *Sacramentum caritatis*: “la Eucaristía, misterio que se ha de vivir”. Las dos primeras partes de las que consta la exhortación se hallan formuladas de la misma manera: “La Eucaristía, misterio que se ha de creer”; “La Eucaristía, misterio que se ha de celebrar”. De esta forma el término misterio cobra gran relieve. Conviene notarlo desde el principio, pues imprime un movimiento muy preciso al texto.

En la perspectiva cristiana, el Misterio (con mayúscula) es, ante todo, la autodonación y autocomunicación de Dios, que es amor. Además, en el hecho de revelarse y darse, Dios capacita al hombre para que tenga experiencia vital de él en la fe. Él no se impone como desde fuera: su amor afirma a la persona en su realidad autónoma y libre, dándole la posibilidad de conocerlo y reconocerlo con plena responsabilidad.

Cristo es el misterio en medio de nosotros. “El Misterio escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora a sus santos”, es “Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria” (Col 1,26-27). Dios, para llevar a cabo su plan de salvación, envió “a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado” Así el hombre fue rescatada del pecado por la sangre Hijo y llegó a ser en él “una nueva creación” (cf. Rm 8,1-4; 2 Co 5,17-21).

Por amor, el Padre dio a su Hijo al mundo como pan de vida: “Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo” (Jn 6,32). El Hijo, inmerso en el amor apasionado del Padre por le mundo,

amó a los suyos hasta el extremo y entregó su cuerpo y sangre para dar vida en abundancia (cf. Jn 13,1; 10,17-18). Y en el don de sí mismo, Cristo entregó a los creyentes el Espíritu de la verdad, para que los creyentes irrigasen con el agua viva del amor la historia (cf. Jn 6,63; 7,37-39; Rm 5,5).

Como indica la exhortación apostólica, el misterio de la caridad reenvía al misterio trinitario¹. Ya lo expresó bellamente nuestro poeta místico, Juan de la Cruz, en una de sus celebres poesías. Tras cantar que el Hijo y el Espíritu son las corrientes que nacen y proceden de la fuente sin origen, el Padre, concluye el santo con estas estrofas: “Aquesta eterna fonte está escondida / en este vivo pan para darnos vida, / aunque es de noche. // Aquí se está llamando a las criaturas, / y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, / porque es de noche. // Aquesta viva fuente que deseo, / en este pan de vida yo la veo, / aunque es de noche”. El sacramento de la caridad es la celebración de la Pascua del Hijo en el que se revela plenamente el amor del Padre y acontece el don del Espíritu para que la comunidad se transforme una ofrenda permanente².

Benedicto XVI, insistiendo en la perspectiva del misterio, pone el énfasis en el don, sin olvidar por ello su proyección social y misionera en la vida concreta de quienes lo reciben con fe. ¿Cómo conjugar don y compromiso en la historia? El Papa quiere que el compromiso del cristiano sea un reflejo del don. La experiencia de ser amado ha de traducirse en amor práctico a los demás. Así se subraya la perspectiva teológica o, si se prefiere, mística del hacer cristiano. Evocando la dinámica de la primera carta de san Juan, tal como hiciera ya en su encíclica *Deus caritas est*, recalca la importancia de que la moral sea vista y vivida desde el don. El cristiano, que es realmente hijo de Dios (cf. 1 Jn 3,1-2), ha nacido de Dios y recibe la posibilidad de alcanzar su plenitud a través del cultivo del amor que el Espíritu deposita en su corazón. “Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os

¹ Ver los números 7 y 8 de *Sacramentum caritatis* (=SCar).

² En la tercera plegaria eucarística se pide al Padre que envíe su Espíritu para que “nos transformé en ofrenda permanente” y así podamos gozar de su heredad.

amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma” (Ef 5,1-2).

La Iglesia vive del misterio eucarístico. En él se nutre de la Pascua del Señor hasta su retorno en gloria. Es el sacramento de la fe, del amor y de la esperanza. Él obra, sin duda alguna, la transformación moral de quien lo recibe con verdad. Pero el Papa pone en guardia sobre una interpretación en clave moralista de esta maravillosa realidad: “Esta referencia al valor moral del culto espiritual no se ha de interpretar en clave moralista”. La moral filial y liberadora nace de una experiencia gozosa. Por eso añade: “Es ante todo el gozoso descubrimiento del dinamismo del amor en el corazón que acoge el don del Señor, se abandona a Él y encuentra la verdadera libertad” (SCar 82).

En la encíclica *Deus caritas est*, Benedicto XVI insistió ya en este punto: “Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don”³. Y más adelante añade: “el ‘mandamiento’ del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser ‘mandado’ porque antes es dado” (DCe 14). La vida cristiana es, en última instancia, una respuesta al don del amor. “Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un ‘mandamiento’, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro” (DCe 1). Porque la vida moral brota en el cristiano de la experiencia de ser amado, se convierte en camino de libertad y plenitud.

En un contexto de indiferencia e incredulidad, en el que la moral de la Iglesia es vista de forma tan negativa, conviene subrayar la dimensión mística que impregna el mensaje del Papa sobre la Eucaristía, misterio que ha de ser vivido. “Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la verdad del amor, que es la esencia misma de Dios,” y el camino de una plena realización del hombre de acuerdo con su vocación divina. Él es el alimento de la verdad, que permite caminar en la verdad del amor mutuo y universal, para que el mundo crea.

Si el dinámica de la sociedad secular induce al individualismo y a la irrelevancia de la fe, el misterio eucarístico siembra en el corazón del mundo la dinámica propia de la comunidad solidaria, “de la fe que actúa por amor”, de la libertad del amor,

³ Carta Encíclica *Deus Caritas est* (=DCe) 7.

que lleva a hacerse servidor de los demás con gozo y alegría (cf. Ga 5,6-13). La Eucaristía vivida imprime a la existencia cristiana una clara nota profética en medio de un mundo replegado sobre él mismo.

El misterio de la caridad no puede quedar reducida a una devoción personal o una práctica religiosa: ha de configurar la existencia entera del creyente y de la comunidad eclesial. “El misterio ‘creído’ y ‘celebrado’, en efecto, contiene en sí un dinamismo que lo convierte en principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. En efecto, comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente” (SCar 70). La afirmación es clara y nítida. Los invitados a la cena del Señor han de progresar en Cristo en la relación filial con Dios, en la misión y en la entrega y servicio pobre y humilde a los hombres.

El misterio eucarístico, por tanto, determina el dinamismo y la forma de la vida cristiana, de la misión de la Iglesia y del compromiso social y caritativo de la comunidad y de los fieles en el mundo. He aquí el triple apartado de la tercera parte de la exhortación: “Forma eucarística de la vida cristiana”; “Eucaristía, misterio que se ha de anunciar”; “Eucaristía, misterio que se ha de ofrecer al mundo”.

I. LA EUCHARISTIA, PRINCIPIO CAUSAL DE LA IGLESIA Y DE LA VIDA DEL CRISTIANO

Al inicio de la tercera parte de la exhortación papal, encontramos estas palabras de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún: “El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí” (Jn 6,57). Como el Padre es el principio de la vida del Hijo, así lo es éste del discípulo que come su cuerpo y bebe su sangre. La vida del Padre está en el Hijo y se comunica en el Espíritu a los que comen el pan bajado del cielo.

“La Eucaristía es Cristo que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo”. No estamos, por tanto, ante un simple rito religioso, sino ante la acción del Señor en la historia, por medio de la cual incorpora al creyente a su vida y

misión. Tal es la realidad que el rito celebra y actualiza de modo eficaz. “Por el sacramento eucarístico Jesús incorpora a los fieles a su propia “hora”; de este modo nos muestra la unión que ha querido establecer entre él y nosotros, entre su persona y la Iglesia. En efecto, Cristo mismo, en el sacrificio de la cruz, ha engendrado a la Iglesia como su esposa y su cuerpo” (SCar 14).

Este influjo causal de la Eucaristía en la vida de la Iglesia y de cada fiel es determinante para pensar la vida cristiana. Los escritos del Nuevo Testamento usan diferentes imágenes para expresar esta realidad maravillosa de la fe. Los Padres de la Iglesia se refirieron de forma espontánea a la imagen de la Vid y los sarmientos. Para que éstos produzcan fruto abundante, bueno y duradero, es necesario que permanezcan unidos a la Vid. La existencia filial, el testimonio y la acción brotan de la mutua inmanencia del discípulo en Cristo y de Cristo en el discípulo: “El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5) El hombre produce el fruto del Espíritu porque en él fructifica la vida del Resucitado.

Pablo, por su parte, habla de la vida en Cristo o de Cristo que vive y actúa en los santos. Pues bien, la Eucaristía lleva a la perfección, día tras día, este misterio de comunión fecunda. El sacramento recuerda que el principio vital de la vida cristiana se halla en la Pascua del Hijo. En efecto, “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5,8). El misterio eucarístico hace posible esa permanencia fecunda de la comunidad eclesial y de cada uno de los creyentes en Cristo. Estamos en la fuente de la mística, esto es, de la primacía del don o de la gracia⁴. Hemos

⁴ A la hora de la catequesis y de la acción pastoral conviene partir siempre del primado de la gracia. “En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: *la primacía de la gracia*. Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino” (NMI 38).

sido recreados para las buenas obras que Dios dispuso de antemano que practicásemos (cf. Ef 2,1-10).

El “misterio de la caridad” hace que la predicación cristiana no sea un simple discurso de exhortación moral con ciertos ribetes religiosos, sino que arranque de la acción salvadora de Dios. El místico cristiano tiene conciencia de que el origen de su ser y actuar se encuentra en el amor divino. La conexión intrínseca entre el don y el hacer, entre el ser y el deber, entre la gracia y la ética, se expresa y celebra en el “misterio de la fe”. Ante las corrientes gnósticas, la fe apostólica se vio obligada a reaccionar con energía. Los gnósticos pretendían estar sin pecado y, por tanto, sin necesidad de un Salvador ni de una moral⁵. El camino de la salvación estaba en ellos mismos, en su conocimiento. Ante esta situación, Juan insiste: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4,9-10).

El creyente acoge el amor por la fe y lo hace fructificar por la acción y el servicio. El místico experimenta cómo del ser más profundo de Dios brota su ser ético, su hacer en el amor y desde el amor. Esto es muy importante, pues existe en nuestros días el riesgo de caer de nuevo en la trampa de la grandeza ética, aun cuando esta nueva forma de farisaísmo sea de tipo laicista. “En definitiva, el influjo causal de la Eucaristía en el origen de la Iglesia revela la precedencia no sólo cronológica sino también ontológica de habernos amado el primero” (SCar 14). En el sacrificio eucarístico, la Iglesia celebra sin cesar la iniciativa divina.

El Papa había insistido ya en esta perspectiva en su encíclica *Deus caritas est*. Hablando del carácter social que conlleva el sacramento de la Eucaristía, afirmaba: “Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el agapé se haya con-

⁵ Cf. 1 Jn 1,5-2,11. La necesidad de guardar los mandamientos se expresa así de forma sintética: “Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros como nos los mandó” (3,23).

vertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el agapé de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor” (DCe 14). El cristiano, si participa con fe verdadera en el sacramento del altar, será introducido progresivamente en una verdadera experiencia mística.

Este dinamismo de la fe apostólica tiene una feliz expresión en la experiencia del apóstol Pablo. “Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2,19-20). Por la gracia del bautismo, los cristianos han de considerarse “como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús” (Rm 6,11). La Eucaristía, por su parte, alienta en la comunidad de los bautizados el dinamismo de una vida según el Espíritu, de tal forma que el amor la apremia a vivir para Dios y, por tanto, para los hermanos. El amor del Hijo al Padre se expresa en el amor hasta el extremo a los hermanos, en el servicio pobre y humilde. Frente a la insolencia propia de la grandeza ética⁶, “el fundamento cristológico-sacramental” de la existencia cristiana, lleva a servir a los hombres desde la humildad y la pobreza, a hacerse siervos de los demás por amor. Si el misterio de amor se convierte en el principio vital de la comunidad eclesial, ésta

⁶ La carta a los Colosenses sale al paso de la piedad afectada y de todos aquellos que buscan su propia afirmación a través de ciertas prácticas religiosas. “Por tanto, que nadie os critique por cuestiones de comida o bebida, o a propósito de fiestas, de novilunios o sábados. Todo esto es sombra de lo venidero; pero la realidad es el cuerpo de Cristo. Que nadie os prive del premio a causa del gusto por ruines prácticas, del culto de los ángeles, obsesionado por lo que vio, vanamente hinchado por su mente carnal, en lugar de mantenerse unido a la Cabeza, de la cual todo el Cuerpo, por medio de junturas y ligamentos, recibe nutrición y cohesión, para realizar su crecimiento en Dios. Una vez que habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo ¿por qué sujetaros, como si aún vivierais en el mundo, a preceptos como ‘no tomes’, ‘no gustes’, ‘no toques’, cosas todas destinadas a perecer con el uso y debidas a preceptos y doctrinas puramente humanos? Tales cosas tienen una apariencia de sabiduría por su piedad afectada, sus mortificaciones y su rigor con el cuerpo; pero sin valor alguno contra la insolencia de la carne” (Col 2,16-23).

manifestará, con su vida y hacer, a Jesús como “maestro de comunión y servicio”⁷.

II. FORMA EUCARÍSTICA DE LA VIDA CRISTIANA

“Fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia”, el misterio eucarístico configura desde dentro la existencia de la comunidad cristiana en la historia, tanto en relación con Dios como con los hombres y el mundo. La unión con Cristo que se realiza en el sacramento capacita al fiel cristiano para un nuevo culto, para la misión y para un nuevo tipo de relaciones sociales. Veamos, en primer lugar, qué implica este nuevo culto.

“La Eucaristía, enseña el Papa, transforma toda nuestra vida en un culto espiritual agradable a Dios” (SCar 70). Jesús perpetúa sacramentalmente en ella el acto de su entrega y ofrenda. Y de este modo implica a quienes comen su cuerpo y beben su sangre en su propia oblación. Así se incorpora la Iglesia, cuerpo de Cristo, a la ofrenda de su cabeza.

El sacrificio de Cristo, en efecto, es el sacrificio de la Iglesia y de cada uno de los fieles. La existencia cristiana recibe así la forma de un sacrificio, de una realidad sagrada, de un culto a Dios en lo concreto de la vida, tal como lo expresa Pablo en la

⁷ En la comunidad de los discípulos, se ha de reflejar la dimensión existencial y sacrificial de la misión y acción del Maestro, tal como se celebra en la Eucaristía. Juan Pablo II lo expresaba en estos términos: “Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo ‘globalizado’, donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del ‘lavatorio de los pies’, en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. Jn 13,1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como ‘indigno’ de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (cf. 1 Co 11,17.22.27.34)” (EdE 20).

carta a los Romanos. “Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa agradable a Dios; ese es vuestro culto razonable” (Rm 12,1). “El cristiano, por tanto, está llamado a expresar en cada acto de su vida el verdadero culto a Dios” (SCar 71).

Este “culto razonable”, como indica el Papa, nada tiene de desencarnado o de atemporal. En el misterio eucarístico, la comunidad eclesial y cada uno de los fieles, por la acción del Espíritu, son incorporados a la ofrenda existencial de Cristo en favor de toda la humanidad. Esto supone que el pueblo de los bautizados viva con hondura existencial su condición sacerdotal. El sacrificio eucarístico nos hace un solo pan, un solo cuerpo, entregado en favor de la totalidad de la humanidad.

La fuerza del sacramento se expresa en la transfiguración progresiva de la comunidad eclesial y de cada fiel en Cristo; y esta transformación se concreta en un vivir en él para Dios y para los demás. La “densidad existencial” del sacramento del altar conlleva la transformación progresiva de quien participa en la Eucaristía en un verdadero don de Dios para el mundo, en comunión con toda la Iglesia. La IV Plegaria eucarística se dirige al Padre con estas significativas palabras: “Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria”.

El culto razonable, recalca el Papa, abarca la vida concreta en todos sus aspectos. El misterio creído y celebrado tiene el poder de configurar intrínseca y progresivamente al creyente con la imagen del Hijo. El proyecto de Dios sobre el hombre queda así plenamente desvelado. El “valor antropológico” del sacramento del altar está en que nos hace hijos en el Hijo. Los comensales de la Eucaristía han de vivir lo cotidiano desde una nítida conciencia filial y fraterna, como Jesús en Nazaret y por los caminos de Galilea.

Para posibilitar esta eficacia integradora del misterio eucarístico, será útil y necesario desarrollar una verdadera catequesis

mistagógica⁸, que posibilite y desarrolle una “espiritualidad y cultura eucarística”. Haciendo suya una de las propuestas de los padres sinodales, el Papa denuncia el divorcio existente, en no pocas ocasiones, entre la Eucaristía y la vida concreta, tanto privada como pública, de los fieles.

La Eucaristía puede y debe configurar el pensamiento, el estilo de vida y la acción del cristiano en la historia. La persona eucarística ha de adecuar su mentalidad al misterio de la fe. Su manera de pensar la realidad y de posicionarse ante ella ha de estar de acuerdo con el culto razonable. “Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto” (Rm 12,2). Esto supone una actitud de discernimiento y conversión a la luz del misterio creído y celebrado.

Un estilo de vida eucarístico comporta diferentes dimensiones. Por una parte, la unión con Cristo introduce al discípulo en la dinámica profunda de la encarnación redentora, que es una auténtica mística de despojo y abajamiento⁹. La Eucaristía reenvía siempre al estilo de vida pobre y humilde del Hijo encarnado, el cual se hizo obediente hasta la muerte en cruz. Sólo quien acepta vivir la mística del Siervo se capacita para ser un verdadero don para los demás, tal como el nuevo culto lo postula. El sacramento del altar hará del cristiano una palabra profética en medio de una sociedad individualista y hedonista. Por otra parte, el sacrificio eucarístico hace que los que son muchos lleguen a ser un solo pan. Benedicto XVI subraya la dimensión sacrificial y comunitaria del nuevo culto con la siguiente cita de san Agustín: “éste es el sacrificio de los cristia-

⁸ El n. 64 de nuestra exhortación insiste en la necesidad de una catequesis mistagógica que lleve a los fieles a adentrarse de forma vital en los misterios celebrados. Para ello propone tres momentos fundamentales de dicha catequesis, la cual se desarrolla, ante todo, en la misma celebración: “la interpretación de los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos”, la introducción “en el significado de los signos contenidos en los ritos” y la enseñanza del “significado de los ritos con la vida cristiana”.

⁹ En la encíclica *Deus caritas est*, el Papa enseña: “La “mística” del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar” (n. 13).

nos: es decir, el llegar a ser muchos en un solo cuerpo en Cristo. La Iglesia celebra este misterio con el sacramento del altar, que los fieles conocen bien, y en el que se les muestra claramente que en lo que se ofrece ella misma es ofrecida” (SCar 71). La vivencia de la Eucaristía conlleva intrínsecamente un compromiso comunitario y eclesial. La asamblea eucarística ha de ser, ante todo, la expresión la comunión y unidad en Cristo. Pablo escribía a la dividida y conflictiva comunidad de Corinto: “La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan”. (1Cor 10,16-17)

Este estilo de vida, el Papa lo explicita con la celebre formula de san Ignacio de Antioquía: *iuxta dominicam viventes*. Y comenta: “Vivir según el domingo’ quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que la victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente” (SCar 72). Y más adelante, comentando la carta apostólica *Dies Domini*, de Juan Pablo II, precisa como el estilo de vida según el domingo es una manera de vivir la relación con el Dios creador, con Cristo salvador, con la Iglesia como comunidad de fe y con los hermanos de camino: El domingo “*es dies Domini*, con referencia a la obra de la creación; *dies Christi* como día de la nueva creación y del don del Espíritu Santo que hace el Señor Resucitado; *dies Ecclesiae* como día en que la comunidad cristiana se congrega para la celebración; *dies hominis* como día de alegría, descanso y caridad fraterna” (SCar 73). La Eucaristía induce un modo de vivir el tiempo, el trabajo, el descanso, las relaciones, la vida y la muerte. Es preciso que en todo vivamos para el Señor. San Pablo escribía a los Romanos: “El que se preocupa por los días, lo hace por el Señor; el que come, lo hace por el Señor, pues da gracias a Dios: y el que no come, lo hace por el Señor, y da gracias a Dios. Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos. Porque Cristo murió

y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos” (Rm 14,6-9).

El culto espiritual lleva consigo, por otra parte, la transformación del mundo en ofrenda agradable a Dios. El Concilio Vaticano II puso de relieve con fuerza este punto, tantas veces olvidado. El cristiano, alimentado con el pan eucarístico y bajo la acción del Espíritu Santo, está llamado a preparar “la materia del reino de los cielos”. En efecto, el Espíritu libera a todos “para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirán en oblación acepta a Dios”. Esta es la realidad que la Iglesia celebra de forma incesante en el misterio eucarístico y que el cristiano ha de realizar en el ámbito de la familia, de la sociedad y de la política. Por ello añade el Concilio a Continuación: “El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial” (GS 38). La Eucaristía anticipa el futuro de nuestro mundo. En los elementos del pan y del vino, todo queda transfigurado o recapitulado en Cristo, según el designio de Dios. (cf. Ef 1,10). “Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: ‘reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz’. El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (GS 39).

El dinamismo cultural y espiritual de la Eucaristía ha de configurar la vida concreta de los laicos, los ministros ordenados y los miembros de la vida consagrada. Cada uno, de acuerdo con su vocación, estado y circunstancias en que se encuentra, recibe de la Eucaristía el impulso necesario para vivir la gracia del Bautismo, la llamada a la santidad. En efecto, todo

fiel cristiano, “viviendo la propia vida como vocación, se convierte día tras día en culto agradable a Dios” (SCar 79).

III. EUCARISTÍA, MISTERIO QUE SE HA DE ANUNCIAR

Que exista una vinculación intrínseca entre “el misterio de la fe” y la misión es evidente. Pero conviene ahondar en esa relación, pues de ello depende, en buena medida, el futuro de nuestras comunidades eclesiales. Cuando la Eucaristía queda reducida a un rito sagrado, devoción o exigencia religiosa, la comunidad se debilita en su dinamismo misionero y sacramental en la sociedad.

Para mejor comprender el vínculo intrínseco entre Eucaristía y misión, conviene recordar la relación existente entre el Misterio trinitario y el misterio eucarístico. “La primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario” (SCar 7). El Padre, en su amor, envía y da a su Hijo como pan de vida. Y éste, en la entrega de su cuerpo y sangre, lleva a cabo del don de los tiempos mesiánicos, el Espíritu prometido. En el misterio eucarístico, por tanto, se revela el amor de Dios que guía toda la historia de la salvación. Las misiones del Hijo y del Espíritu Santo se palpables en el sacramento de la caridad.

El misterio de la misión no podrá seducir y orientar nuestra vida más que si nuestro corazón está trabajado e irrigado por la misericordia divina, por el don de Dios, tal como la Eucaristía nos lo hace vivir. En ella, el pueblo peregrino recibe su identidad: un pueblo salvado, convocado, reunido y enviado al mundo. En ella la comunidad eclesial está vuelta hacia su Señor y hacia los hombres en los que él sigue viviendo su pascua.

Como Cristo es don para el universo entero, de la misma manera la Iglesia, al quedar constituida en el cuerpo de Cristo en la historia, mediante el sacramento del altar, se debe a todos. En Cristo y en el Espíritu es para todos un verdadero don de Dios. La Eucaristía desarrolla desde dentro la sacramentalidad del pueblo de Dios. Ella le hace ser el rostro humano de

Dios en la tierra¹⁰. La misión de la Iglesia en nuestro mundo se condensa bien en esta expresión paulina: “Pues el mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo”. Y esto, como añade Pablo, la Iglesia ha de vivirlo desde la clara conciencia de su fragilidad: “Llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros” (2 Co 4,6-7).

La Iglesia recibe y aprende su misión celebrando la Eucaristía. La celebración del misterio de la fe es un momento intenso en el que cada comunidad eclesial revive la conciencia de su misión. Pero es, sobre todo, el momento en que se le da la misión. No como una consigna, sino como el misterio mismo que la constituye en el mundo. El Resucitado, en el don de su propia persona, le entrega la misión como un tesoro y le da el Espíritu para llevarla adelante desde la propia debilidad.

El sacramento del amor nos invita a compartir nuestra riqueza mayor con los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y nuestra mayor riqueza es Cristo en el acto mismo de darse como comida y bebida de salvación. La misión es, ante todo, dar a conocer a Jesucristo, para que haciendo la experiencia de ser amados de manera inaudita, el hombre pueda amarlo y seguirlo en su servicio a los últimos de la sociedad.

En estos momentos de intensa crítica a la Iglesia y de fuerte secularización, los creyentes nos preguntamos cómo comunicar y transmitir la fe a las nuevas generaciones. Sin duda que necesitamos ser imaginativos, pues la liturgia, como enseña el Concilio Vaticano II no agota toda la actividad de la Iglesia; pero no es menos claro que la orienta y fecunda, en particular la Eucaristía, si se celebra con verdad¹¹.

Puesto que “la Eucaristía es Cristo que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo” (SCar 14), la Iglesia

¹⁰ En Cristo la Iglesia está llamada a ser como el sacramento de la unidad del género humano con Dios y entre los hombres. Tiene como cometido significar y actualizar el misterio del amor de Dios al hombre (cf. LG 1.8.9.48; GS 45).

¹¹ A este respecto es interesante releer los números 9-10 de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II.

está llamada a anunciar la Pascua del Señor hasta su venida en gloria. “No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Éste exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: « Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera » (SCar 84). De esta forma la Eucaristía desarrolla la Iglesia como misterio de comunión y misión a la luz del Misterio trinitario. La Iglesia es, según la afirmación lapidaria de san Cipriano, citada por el Concilio Vaticano II “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4). Por otra parte, “la Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre” (AG 2).

La asamblea eucarística es en sí misma misionera. Se reúne para anunciar la muerte del Señor y proclamar su resurrección hasta que vuelva. Pablo, tratando de corregir la deformación de las asambleas eucarísticas de la Iglesia de Corinto, escribía: “Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: ‘Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío’. Asimismo también la copa después de cenar diciendo: ‘Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío’. Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1 Co 11,23-26). La correcta celebración de la Eucaristía es en ella misma anuncio y proclamación de la Pascua del Señor. Y en esto consiste precisamente la misión, en ofrecer a todos los pueblos la buena nueva del Evangelio de Dios, el cual es mucho más que un mensaje de tipo moral.

Para ahondar en esta perspectiva misionera, el Papa invita a resituarse la última cena en la misión del Enviado de Dios. “La institución misma de la Eucaristía anticipa lo que es el centro de la misión de Jesús: Él es el enviado del Padre para la redención del mundo (cf. Jn 3,16-17; Rm 8,32). En la última Cena Jesús confía a sus discípulos el Sacramento que actualiza el sacrificio que Él ha hecho de sí mismo en obediencia al Padre

para la salvación de todos nosotros. No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana” (SCar 84).

Los evangelios presentan la cena pascual como el momento culminante de la misión de Jesús y como el inicio de la misión de la Iglesia en el mundo. “Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: ‘Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios’” (Lc 22,14-16) Mateo, por su parte, introduce los relatos de la pasión y resurrección de Jesús con estas significativas palabras: “Y sucedió que, cuando acabó Jesús todos estos discursos, dijo a sus discípulos: ‘Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado’” (Mt 26,1-2) Juan subraya que Jesús ha venido al mundo para llevar a cabo la obra del Padre, mediante el don de su propia vida. La predicación, oración, signos y obras de Jesús se encaminaban a la Pascua, cuyo memorial es la Eucaristía. Durante tres años preparó a sus discípulos para su hora. La meta de la misión de Jesús era, sin duda alguna, reunir a los hijos dispersos (cf. Jn 11,49-52). Vino al mundo para realizar en su sangre la nueva alianza, tal como se celebra en el sacramento eucarístico. “Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros” (Lc 22,20). El sacramento de la Pascua del Señor, pues, introduce a la Iglesia en esta dinámica misionera. Ella está llamada a salir a los caminos para convocar a todos a las bodas del hijo, a la nueva y definitiva alianza.

La misión se convierte en un acto de obediencia a Dios que quiere reunir a todos en el banquete de la alegría. El Siervo, enviado por el Padre, salió a los caminos en busca de los excluidos de la fiesta. La Eucaristía inserta a la comunidad eclesial en la dinámica misionera del agapé divino. “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). El Padre sigue dando a su Hijo en la Eucaristía y, en él y con él, a su Cuerpo, que es la Iglesia, como signo e instrumento de salva-

ción. La misión brota de la comunión con el amor y conduce a ser un don para los demás.

La misión, a la luz de la Eucaristía, se presenta como un acto de consentimiento o de adoración: la comunidad eclesial y cada uno de sus miembros acepta ser dado en Cristo y con él para la edificación de todos en el amor (cf. Ef 4,1-16). La misión, por tanto, no puede ser pensada en términos de conquista, proselitismo o imposición: es oferta y don desde el amor para que los hombres puedan llegar a la unión con Dios.

Por otra parte, en la Eucaristía se comprende que Jesús resucitado prosigue su misión a través de la Iglesia. El evangelio de Marcos se cierra con estas palabras: “Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban” (Mc 16, 20). Así se nos recuerda el misterio de la misión.

La exhortación *Sacramentum caritatis*, por otra parte, pone de relieve cómo la Eucaristía da a conocer el contenido de la misión. “Subrayar la relación intrínseca entre Eucaristía y misión nos ayuda a redescubrir también el contenido último de nuestro anuncio. Cuanto más vivo sea el amor por la Eucaristía en el corazón del pueblo cristiano, tanto más clara tendrá la tarea de la misión: llevar a Cristo. No es sólo una idea o una ética inspirada en Él, sino el don de su misma Persona”¹². Llevar a Cristo a los hombres y hacerlos discípulos, comensales de su cuerpo y sangre, es el núcleo de la misión de la Iglesia, bajo la conducta el Espíritu Santo.

La Eucaristía conforma el dinamismo de un verdadero discípulo del Señor: le hace vivir desde el don, avanza en la vida en la acción de gracias, está y camina con Jesús, produce el mismo fruto de la Vid verdadera, el fruto del Espíritu, se hace don, “eucaristía”, en cierto modo, para los demás, recrea la comunión eclesial y la solidaridad fraterna.

El Espíritu, que Cristo envió de junto el Padre, es el protagonista de la misión. Él fue dado para el testimonio. La misión de

¹² SCar 86. Esta afirmación recuerda la afirmación inicial de la encíclica *Deus caritas est*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n° 1).

la Iglesia apostólica se desarrolla en todo momento como un testimonio. Por eso, puede decir el Papa: “La misión primera y fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida. El asombro por el don que Dios nos ha hecho en Cristo infunde en nuestra vida un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser testigos de su amor” (SCar 85). La insistencia en el testimonio y el martirio empalma con lo que ya decía Pablo VI: “para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites” (EN 41).

La Eucaristía, al capacitarnos para vivir la libertad del amor (cf. Ga 5,1.13), impulsa al cristiano a trabajar en la liberación de la creación (cf. Rm 8,18-27). El misterio eucarístico introduce en la liberación que “Cristo mismo ha anunciado y dado al hombre con su sacrificio”¹³. La misión implica un compromiso para liberar al hombre de cualquier tipo de miseria.

La convocación al banquete del Reino. Jesús, antes de celebrar la Pascua, salió a los caminos y encrucijadas para convocar a los excluidos al banquete de la alianza, de la comunión. La dimensión escatológica de la Eucaristía, como prenda de la gloria futura y de la liturgia celeste, funda la urgencia misionera: Dios quiere celebrar el triunfo de su Hijo, reuniendo a todos sus hermanos. Manda a su siervo a los caminos y encrucijadas para que se llene la sala nupcial. (cf. Mt 22,1-14; Lc 14,15-24). Lucas lo expresa en estos términos: “el Señor dijo al siervo: ‘Sal

¹³ EN 38. He aquí el texto íntegro: “Dicho esto, nos alegramos de que la Iglesia tome una conciencia cada vez más viva de la propia forma, esencialmente evangélica, de colaborar a la liberación de los hombres. Y ¿qué hace? Trata de suscitar cada vez más numerosos cristianos que se dediquen a la liberación de los demás. A estos cristianos ‘liberadores’ les da una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención, sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo ello, sin que se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político, debe caracterizar la acción del cristiano comprometido. La Iglesia se esfuerza por insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio global de salvación que ella misma anuncia [...] La liberación que proclama y prepara la evangelización es la que Cristo mismo ha anunciado y dado al hombre con su sacrificio” (EN 38).

a los caminos y cercas, y obliga a entrar hasta que se llene mi casa” Mateo insiste en que “los siervos salieron a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala se llenó de comensales”. Dios ha preparado la fiesta y no quiere retrasarla.

Celebrar la Eucaristía supone siempre la previa convocatoria. En una sociedad secular, necesitada de una nueva evangelización, es preciso ahondar la tensión escatológica y, por tanto, misionera del misterio eucarístico. Si en los tiempos de la cristiandad rural, la convocatoria podía llevarse a cabo con el toque de la campana, hoy, en la cultura urbana, es preciso salir a las encrucijadas de la vida para llamar al banquete de la nueva alianza. Esta es una exigencia de toda la comunidad eucarística. Dios le da a comer el cuerpo de su Hijo y le entrega el Espíritu de la verdad para que camine en el mundo como heraldo de los bienes definitivos.

Esto supone un cambio profundo de mentalidad en las comunidades cristianas. No se conseguirá en unos pocos años. Como el Papa indica, será necesario desarrollar una catequesis mistagógica que imprima en ellas el dinamismo propio al misterio de la fe. “Quien no comunica la verdad del Amor al hermano no ha dado todavía bastante. La Eucaristía, como sacramento de nuestra salvación, nos lleva a considerar de modo ineludible la unicidad de Cristo y de la salvación realizada por Él a precio de su sangre. Por tanto, la exigencia de educar constantemente a todos al trabajo misionero, cuyo centro es el anuncio de Jesús, único Salvador, surge del Misterio eucarístico, creído y celebrado. Así se evitará que se reduzca a una interpretación meramente sociológica la decisiva obra de promoción humana que comporta siempre todo auténtico proceso de evangelización” (SCar 86).

La Eucaristía es el más alto servicio al hombre, el propio del amor que diviniza al hombre, que lo hace cuerpo de Cristo. En él somos hechos nueva criatura y nos convertimos en don de Dios para la humanidad. La misión es manifestación de Cristo al mundo a través de todo lo que somos y hacemos, por lo que decimos y por nuestros compromisos, por el don de la propia vida. De esta forma, la misión es una epifanía de Cristo a través de la Iglesia. Ella se convierte en un misterio de luz para todos los que la encuentran en la verdad. Jesús ha dicho: “Brille así

vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16).

IV. EUCARISTÍA, MISTERIO QUE SE HA DE OFRECER AL MUNDO

“Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero” (SCar 88). Ahora bien en este don de la propia vida, el Señor incluye a la comunidad eclesial. El Papa, inspirándose en las intuiciones de los Padres de la Iglesia, enseña: “La belleza intrínseca de la liturgia tiene como sujeto propio a Cristo resucitado y glorificado en el Espíritu Santo que, en su actuación, incluye a la Iglesia”. La belleza y el realismo del misterio eucarístico se plasma en estas hermosas palabras: “No sólo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo” (SCar 36). El Padre nos ofrece en su Hijo como don para los demás. El sacramento del amor apremia a los cristianos a ser solidarios de todo hombre, a hacer de su vida una verdadera pro-existencia. Puesto que Cristo amó a los suyos hasta el extremo, la persona eucarística, inmersa en la corriente de amor divino, recibe el poder de darse a todo hombre como un verdadero hermano. La caridad ya no se reduce a hacer o dar cosas a los demás, es preciso darse.

Ante las muchedumbres que andaban como ovejas sin pastor, la entrañas de Jesús se estremecieron “y se puso a enseñarles ampliamente” (Mc 6,34). Mateo narra cómo Jesús “al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, y curó a sus enfermos” (Mt 14,14). Luego, “pronunció la bendición, partió los panes y los iba dando a los discípulos para que se los fueran sirviendo” (Mc 6,41). Y la muchedumbre se sació. Así se revelaba la superabundancia del don y de la compasión de Jesús por los necesitados: en palabras y obras. La caridad de las palabras y de las obras no puede disociarse¹⁴.

¹⁴ Juan Pablo II insistió en el programa pastoral para el nuevo milenio en la necesidad de articular correctamente la caridad de las palabras y de las obras, junto con el

El misterio eucarístico, hace comprender y vivir con mayor hondura la sobreabundancia del amor y compasión de Jesús. Su vida se reveló plenamente como pro-existencia. No se limitó a dar o hacer algo en favor de los necesitados: da su cuerpo y sangre por el mundo entero. Él mismo es el pan partido para la vida del mundo, del que se han de alimentar los discípulos y el que han de dar a la humanidad, hasta que la Pascua “halle su cumplimiento en el reino de Dios» (Lc 22, 16). La comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo hace posible que los comensales eucarísticos vivan su existencia como pro-existencia, esto es, como un don de Dios para la vida del mundo. Benedicto XVI, después de insistir en cómo la Eucaristía introduce en el servicio de una caridad universal y organizada, concluye: «En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo» (SCar 88).

La tensión escatológica de la Eucaristía no hace más que reforzar este dinamismo del amor. “Anunciar la muerte del Señor ‘hasta que venga’ (1 Co 11,26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo ‘eucarística’. Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: ‘¡Ven, Señor Jesús!’ (Ap 22, 20)” (EdE 20). Estas palabras de Juan Pablo II muestran hasta que punto la celebración eucarística desencadena una conversión incesante. Nos transforma en pan partido para la vida del mundo y nos urge a comprometernos en la transformación del mundo hasta su recapitulación en Cristo.

testimonio de una vida verdaderamente pobre: La comunidad eucarística ha de un verdadero hogar para los necesitados de pan y dignidad. “Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como ‘en su casa’. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*’ (NMI 50).

El Misterio eucarístico, por tanto, es fuente y principio estructurador del servicio de la caridad, tanto de la comunidad cristiana como de cada uno de los fieles. Como el Papa señaló en su encíclica *Deus caritas est* y repite en la exhortación, “una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma”¹⁵. ¿En qué consiste esta práctica del amor?

Para transformar en vida lo que celebra en el misterio de la caridad, la Iglesia no puede permanecer pasiva ante ciertos procesos de globalización económica y cultural. La nuevas relaciones que insta la Eucaristía, obliga a la Iglesia a denunciar y transformar las estructuras injustas como camino para la paz y la igualdad fraterna, como se expresa en el banquete eucarístico.

La Eucaristía revela y hace posible practicar la verdad del amor. La comunión Cristo capacita y exige vivir en comunión con todos los que son de Cristo o lo serán. El compromiso por transformar las estructuras injustas y servir de forma prioritaria a los excluidos, brota en el creyente del carácter social que tiene la ‘mística’ del sacramento. La espiritualidad y cultura eucarística alimentan una nueva “imaginación de la caridad” (NMI 50). Es la hora del compartir fraterno, de desarrollar el principio educativo de la comunión, de hacer que los pobres se sientan en la comunidad eclesial como “en su casa”. El ejercicio práctico del amor ha de recibir, por tanto, la forma de misterio creído y celebrado. El don precede y configura el hacer del discípulo. El servicio a los pobres es, por tanto, una expresión de

¹⁵ DCe 14. El texto pone de relieve cómo el culto y la ética se encuentran y fecundan mutuamente. “El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y *ethos* se compenetran recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el *agapé* de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el ‘culto’ mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el ‘mandamiento’ del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser ‘mandado’ porque antes es dado”.

la vida de Dios, que es amor, en cada fiel y en la comunidad eclesial

El misterio creído y alebrado cualifica el servicio a los hermanos que viven en la indigencia material y moral. Cristo nos enriquece con su pobreza, la que nace del amor; (cf. 2 Co 8,9); y nosotros enriquecemos a los demás en la medida que compartimos la gracia de su pobreza. La Eucaristía es la expresión del agapé que se hace pobre para darse en comida y bebida de salvación. El que no se hace pobre en el amor, jamás termina de darse como pan partido, jamás servirá desde el último lugar. Para distribuir los frutos de la salvación, para llegar a ser verdadero hogar de los pobres, es preciso compartir la pobreza, humildad y mansedumbre del Siervo. La Iglesia no necesita tanto de medios y subvenciones para atender a los últimos, cuanto de personas eucarísticas que se entreguen a los demás en la vida cotidiana del trabajo, de la lucha sindical o política, en la relación de vecindad, en la edificación de un mundo más justo y solidario. Tal es el camino para un servicio humano de los pobres, un servicio que los dignifique y desarrolle en su vocación. Para servir a los pobres no basta la competencia profesional ni los medios, es preciso “la formación del corazón”, un nuevo humanismo tal como brota de la Eucaristía¹⁶.

La Eucaristía alimenta en la comunidad el principio educativo de la comunión (cf. NMI 43). Para que la Iglesia sirva la esperanza de los pobres ha de ser escuela y casa de comunión, como señaló Juan Pablo II. Sólo así los pobres se sentirán en ella como en su propio hogar, es decir, en su dignidad filial y fraterna.

¹⁶ “Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una ‘formación del corazón’: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5,6)” (DCe 31).

La espiritualidad de comunión, que brota del misterio eucarístico, afirma, ante todo, la dignidad del rostro del pobre. Jesús murió en la cruz para devolver al rostro de las víctimas del pecado y de la injusticia su lado luminoso. El otro, por tanto es “uno que me pertenece” y al que debo darle espacio en mi vida. Como el Señor tomó la iniciativa par darse a todos, así el que vive la comunión tomará la iniciativa para salir al encuentro de las necesidades del hermano. En “el misterio de la comunión”, aprendemos a recibir y darnos. Tal es el camino para no humillar al pobre.

Benedicto XVI, en continuidad con la tradición patristica y litúrgica, ha puesto de relieve los nuevos tipos de relaciones sociales que se derivan de la celebración del misterio eucarístico. Sólo quien trabaja por la justicia, la paz y la reconciliación de la humanidad en la verdad del amor, comulga dignamente con el Cuerpo de Cristo, en el que se hace presente el otro como verdadero hermano (cf. SCar 89).

Recrear una sociedad convival es una exigencia intrínseca de la Eucaristía. El compromiso por la verdad es inseparable del compromiso por la justicia y la caridad¹⁷, tanto a nivel nacional como internacional. En el banquete eucarístico se desarrolla la fraternidad anhelada por la humanidad. Todos se sientan como hermanos en torno a esta verdadera mesa familiar. A este ideal nos encamina el misterio. Él nos da fuerza para trabajar con paciencia, serenidad y tenacidad en su consecución, pues el Señor trabaja en nosotros y con nosotros. La Iglesia ha de sacar las consecuencias doctrinales y prácticas que latén en el sacramento de la caridad, tanto para defensa de la dignidad de la persona humana, en particular de los más pobres, como de la creación entera. El pobre está llamado a ser un comensal del banquete fraterno. Los elementos de la creación han de ser transformados en Cristo. Nadie, por tanto, puede abusar de la creación ni de la persona humana.

La pertenencia al Señor, tal como se celebra en la Eucaristía, es indisociable de la solidaridad con los hermanos de camino,

¹⁷ Juan Pablo II, comentado Mt 25,35-36, afirma: “Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” (NMI 49).

con la humanidad entera. “El fenómeno de la secularización, que comporta aspectos marcadamente individualistas, ocasiona sus efectos deletéreos sobre todo en las personas que se aíslan, y por el escaso sentido de pertenencia. El cristianismo, desde sus comienzos, supone siempre una compañía, una red de relaciones vivificadas continuamente por la escucha de la Palabra, la Celebración eucarística y animadas por el Espíritu Santo” (SCar 76). El cristiano al celebrar el misterio eucarístico se adentra en la red de relaciones que Jesús tejió con su encarnación redentora. La comunidad, pues, está llamada a organizarse para servir a los pobres, para servir la justicia y la paz, para desarrollar la solidaridad fraterna entre las personas y los pueblos.

En conclusión, la exhortación *Sacramentum caritatis* invita a la comunidad eclesial y a cada uno de los fieles a vivir en la lógica del sacerdocio existencial de Cristo, esto es, a ser en él ofrenda agradable al Padre y pan partido para la humanidad. Esto supone la transformación y renovación constante, mediante la acción del Espíritu, de nuestra mentalidad cultural, de nuestro estilo de vida y de nuestros compromisos morales y sociales, los cuales no han de entenderse de forma moralista, sino desde el don acogido en la fe y desarrollado en el amor al servicio de la esperanza de la humanidad.